

Lesueur, Girardon, Puget y Perrault siembran á manos llenas las obras maestras. Colbert introduce el órden en la hacienda, da impulso al comercio y hace reinar en los mares á la marina francesa. La sociedad de esta nacion da al mundo entero lecciones de elegancia, de nobleza, de genio, de buen gusto y de talento.

¡Pues bien! bajo todas estas superficies deslumbradoras, la Francia en masa no es otra cosa que ruinas y muerte lenta. Los campos están yermos; Colbert desespera y muere diciendo: «Esto no puede ya marchar.» El desprecio del trabajo ha paralizado los esfuerzos de aquel gran hombre. La energía humana va aminorándose; quíerele vivir á lo noble á toda costa, y como el valor de las cosas sube con las necesidades del lujo, se tiene miedo á las obligaciones que trae consigo la familia. Los cuatro ministros del diablo (*textual*) vino, café, tabaco y opio, han dado ya á la Turquía, de donde se derrama por el mundo, el gusto de los placeres solitarios; y reinos enteros se despueblan.

Al mismo tiempo, va debilitándose la idea religiosa; la nocion del mal se oscurece, las enfermedades morales van en aumento por la corrupcion general de costumbres y el dia menos pensado aparecen los envenenamientos en aquella sociedad tan elegante, tan graciosa y tan devota poco tiempo antes.

Tal es la tesis un poco estraña que ha sostenido M. Michelet, tesis cuya justificacion trata de hallar en los dos procesos de que á nuestra vez vamos á ocuparnos. Forzoso nos será alguna vez en el desempeño de la tarea que nos hemos propuesto llevar á cabo, censurar sus juicios sistemáticos.

Empecemos por hablar del proceso de la Brinvilliers.

No hemos de ir á buscar sus elementos ni en la coleccion de causas célebres, ni tampoco en los escritos contemporáneos, adonde no hallaríamos sino errores y chismes. En los archivos del imperio no existe ni un solo documento sobre este asunto; pero en la biblioteca imperial hay sobrados datos importantes sobre el particular.

Hállanse allí, sin contar los *alegatos* impresos que no nos dan sino una nocion imperfecta del proceso: 1.º en la *Coleccion Thois*y, un tomo, cuyo título es *Crímenes, delitos, veneno*, tomo XIII, z, 2283, que contiene en su mayor parte, alegatos impresos y además unos extractos manuscritos del proceso; 2.º dos volúmenes manuscritos, marcados con los números 194, 320/20 al *Suplemento francés*. El número 194 contiene la *Relacion de la Muerte de Mad. de Brinvilliers por M. Pirot su confesor, doctor de la Sorbona*, tomo en folio de 352 páginas de letra muy metida. Se creía que esta curiosa relacion se habia perdido hacia mucho tiempo, pero no ha sucedido así. El número 350/20 contiene las sumarias informaciones, los interrogatorios y algunos alegatos manuscritos é impresos.

En esto consiste todo el proceso. M. Michelet ha bebido en aquellas fuentes, pero con demasiada rapidez, y lo que es todavía peor, bajo el imperio de una preocupacion. Así es que mas de una vez hallaremos

que ha cometido errores de detalle; pero no es esto lo esencial; su conclusion en cuanto al proceso de la Brinvilliers es mas interesante.

A su modo de ver, la Brinvilliers no es sino una especie de representante de toda la alta sociedad de aquella época; sus cómplices están en todas partes, hasta en las gerarquías mas elevadas. Una vez cogida aquella mujer, la corte y la ciudad se hallan en un apuro terrible. Es preciso sofocar á toda costa el escándalo en su origen y sellar el horrible secreto con la sangre de aquella desgraciada, como se consigue en efecto.

Hé aquí, de seguro, una vista original de la sociedad francesa en el reinado de Luis XIV. Nosotros no trataremos de preguntarnos si una conspiracion tan monstruosa es probable ó posible; apoyados en los documentos existentes, entramos sencillamente en materia.

El 31 de julio de 1672, sobre las diez de la noche, murió en París un caballero llamado Gaudin de Sainte-Croix. Cinco meses hacia que estaba enfermo y como tenia mujer, aunque estaba separado de ella, y tambien acreedores, se buscó un comisario que pusiese los sellos en la forma acostumbrada en la casa mortuoria.

Presentóse al efecto el comisario que era un tal Pícard, y puso los sellos en varios muebles y encima de la puerta de un gabinete en donde estaban depositados los efectos mas preciosos, los libros y los papeles del difunto.

Este estaba respetado en su barrio por hombre de bien y piadoso, y frecuentaba la buena sociedad; en su casa habia cierto boato, pues tenia dos lacayos, dos silleteros y una carroza; no obstante, se sabia que no estaba nada sobrado. Decíase que su juventud habia sido borrascosa; bastardo de una gran casa, si ha de darse crédito á su dicho, habia tomado el apellido de Gaudin de Sainte-Croix, por el cual era conocido de todo el mundo; pero se sabia que tenia otro hermano que se llamaba Gaudin á secas. De jóven habia elegido la profesion de las armas y habia mandado una compañía en el regimiento de caballería de Tracy. En 1665 habia estado encerrado algun tiempo en la Bastilla, sin que nadie supiera á punto fijo la causa de esto. Despues se habia casado, y poco tiempo antes de morir se le oyó decir que iba á comprar un cargo en la casa real.

El 8 de agosto, á peticion de la viuda y de los acreedores, se levantaron los sellos. Un notario llamado Baglan fué á empezar el inventario, pero se encontró con otro colega suyo, por nombre Le Roy, que fué á ayudarle en aquella operacion sin que nadie le hubiese mandado á llamar; el primer notario quiso eliminar á este auxiliar oficioso, pero aquel hombre insistió tanto que no hubo mas remedio que admitirlo.

Difícilmente nos formaríamos una idea exacta en nuestros dias del modo con que se hacian entonces las operaciones judiciales mas importantes. Nuestros hábitos de escrupulosa legalidad, de atribuciones estrictamente definidas y distintas, apenas nos permiten